

Cuando las maticas de algodón ya habían nacido y tenían una estatura de una cuarta, empezaba el raleo, que consistía en dejar las más fuertes y arrancar las más débiles de las calles, haciendo grupitos de matas cada 15 centímetros. Mientras tanto a esperar de nuevo el milagro de la lluvia.

Sembrar algodón es apostar la suerte al albur. Sin lluvias no hay cultivos, y en la Guajira llueve poco. Sin embargo, el cultivo del algodón fue una actividad que se ejerció con frenética constancia en las décadas de los cincuentas y sesentas.

Esta actividad agrícola estaba sometida a todos los riesgos. Bastaba que naciera la primera mata para que apareciera en seguidilla toda clase de plagas: el gusano picudo, el trozador, el gusano rosado etc. Era necesario fumigar para evitar el desastre.

De niño nos gustaban las fumigadas. Salíamos a las afueras del pueblo a ver las peripecias de las avionetas que se lanzaban en picada pasando por entre la luz que dejaban los árboles más altos, llegando rasantes a los algodones para rociar sobre las matas el líquido mortal. Después de pasar una y otra vez aterrizaban en el viejo aeropuerto de San Juan donde les esperaban los ayudantes que tenían preparada la dosis siguiente. Del inventario de insecticidas sobresalía el famoso Paration.

Los aviadores más intrépidos fueron los tolimenses, porque eran los que más arriesgaban. Los algodones sanjuaneros los preferían por su eficacia. Álvaro, "el Tigre" Carrillo, siendo todavía un muchacho trabajó de ayudante durante varias temporadas con los tolimenses hasta que cayó gravemente enfermo por ejercer su oficio sin ninguna protección. Se vio en las de San Patricio, pero se salvó y hoy seguimos contando con su amistad.

La siembra del algodón era parte de nuestra idiosincrasia y se manifestaba en todo, hasta en la parte cultural de nuestro pueblo. En tiempos de carnaval, Demetrio Coronado, el famoso "Mecho", no fallaba con sus disfraces. Sobre su poderosa bicicleta Monark, comprada en la Caja Agraria, armaba su avioneta de madera, simulando a las de fumigación, y salía con sus hijos a ofrecer el espectáculo carnavalesco.

La avioneta construida con arte tenía un buen tamaño y la envergadura de sus alas era de por lo menos 5 metros, por esos sus hijos iban adelante abriéndole camino entre la gente. Mientras pedaleaba hacia con su voz de locutor el ruido de las avionetas en vuelo yeeah, yeeah y paraba en cada esquina para decir sus apuntes jocosos.

Bajaba los pies de los pedales afincándolos en el suelo, se bajaba de la silla y abría sus piernas, dejando entre ellas la barra de su bicicleta que fungía de avioneta, y decía voz en cuello:

!Señoras y Señores ¡

¿Ustedes saben qué significa la palabra matrimonio?

Y el respetable respondía: ¡Noooo!

Pongan cuidado, que no repito. Entonces empezaba con su etimología particular.

MA... Quiere decir mamá, la mamá de la mujer, o sea, la suegra.

TRI... Quiere decir matriz, donde se forma la criatura. Y...

MONIO... Es el demonio, que no deja ser feliz a la pareja.

JA JA JA se reía el público.

Así seguía hasta la próxima esquina, con una chorrera de gente atrás que lo aplaudía, a contar otro chiste.

La cogida del algodón coincidía con las vacaciones de fin de año. La muchachada alegre se alistaba como para una fiesta. Los recolectores profesionales mostraban su veteranía pesando hasta 250 kilos diarios, mientras que los novatos cogíamos, haciendo nuestro mayor esfuerzo, hasta 80 kilos.

A pesar de ser un oficio duro, ejercido bajo los rayos inclemente del sol y el cuerpo inclinado hacia adelante como formando un ángulo de 90 grados, nos gustaba porque era la ocasión para ganarnos unos pesitos y estrenar en las fiestas de Navidad y año nuevo.

Tan duro era coger algodón que Rubén,

nuestro hermano, buscaba cualquier excusa para no ir. Le decía a nuestra madre:

Mama, ¿Quién te va a comprar la leña?

La entidad gubernamental para el fomento y desarrollo del cultivo del algodón era el IFA (Instituto de Fomento Algodonero). Con el tiempo derivó en el IDEMA (Instituto de Mercadeo Agropecuario), cuyas instalaciones quedaban abajito de la bomba de los Jubales, donde disponían de una amplia área para el parqueo de los camiones cargados con la fibra y bodegas de insumos para el cultivo. En la puerta del IDEMA se cuadraban, uno tras otro, los carros cargados de algodón, esperando el turno, en una fila interminable que se perdía en el horizonte.

Los camiones desbordaban la altura de la carrocera con su carga, andaban despacio para que los ayudantes que se encarapitaban sobre los sacos de algodón tuvieran tiempo de pasar los cables de la luz que atravesaban las calles.

En realidad, lo que había en el IDEMA eran varias máquinas desmotadoras, que separaban las semillas de la fibra, y las disponían en pacas para ser enviadas a los grandes centros textiles del país.

Cuando el finado Fidel González Brito, conocido como "el Chiche" de Tinita, renunció a seguir estudiando en el seminario de la población cundinamarquesa de Nemocón, se vinculó con el IDEMA en el oficio de desmotador. El "Chiche" dejó la biblia y los

evangelios y empezó a trabajar arduamente con las desmotadoras. Después de un tiempo, en un descuido lamentable, una de las máquinas le aprisionó la mano derecha. Los médicos no tuvieron más remedio que amputarle su índice y reconstruirle los otros dedos de la mano. Lo incapacitaron 90 días y lo indemnizaron.

Las malas lenguas de San Juan decían que se bebió la plata de la indemnización con Miguel "el Vale" de Josefa "la Manquita". Antes de que mi Dios dispusiera de su vida hablé con él y me dijo que eso era mentiras, que se tomó unos tragos con "el Vale" pero que en realidad compró la primera casa que tuvo.

Verdad o mentiras, lo que sí fue cierto es que "el Vale" la noche anterior a su reingreso al trabajo, le recordó:

"Compadre, no se le olvide metele la otra mano, pa' que sigamos bebiendo".

Cuando terminó la guerra de Vietnam, este país volteó sus ojos al desarrollo de la agricultura, recogió todas las bombas de la guerra de sus campos destruidos y montó sus cultivos de algodón, lo mismo que India y China. Otros países del sudeste asiático hicieron lo mismo. Inundaron el mercado mundial de esta fibra y los precios cayeron. En Colombia no era rentable producirlo y menos sin ayuda estatal y sin riego, por eso el cultivo del algodón languideció. En la Guajira, parece como si lo hubieran borrado de la faz de la tierra. Los Copos blancos de algodones perdieron su fulgor.